

SOBRE LUTOSŁAWSKI, CON RESPETO

ABOUT LUTOSŁAWSKI, RESPECTFULLY

Escribir sobre Witold Lutosławski no es fácil. Yo diría más: es innecesario. Su música se defiende de cualquier comentario que no sea técnico. Y su técnica, tan elaborada y perfecta, es tan “suya” que, fuera de sus manos, no produce sino epígonos.

En las numerosas entrevistas –hasta libros– que Lutosławski ha tenido que conceder (a veces parece que a regañadientes) una cosa queda clara: no le gusta “hablar” sobre música. Tanto, que algún entrevistador a veces se ha preguntado qué y para qué está haciendo lo que hace. En el excelente libro de Tadeusz Kaczyński¹ el entrevistado se aferra tanto a la frase de Debussy –otro que tal–, “la música empieza donde terminan las palabras”, que “Pan Tadeusz”², con cierta sorna, le dice si no sería mejor que se fuese...

Todo lo que no sea la música *misma* parecería molestarle: “el análisis”, dice, “para los musicólogos”; las reflexiones, conjeturas no explícitamente musicales, etc... bueno, “para los críticos” (como una concesión, aunque sería mejor no hacerla). Al final admite todo como una situación de hecho, con una sonrisa que se adivina resignada...

Lutosławski es, en su pura intransigencia, el músico *músico*, sin fisuras. Permítanme una anécdota vivida que lo retrata mejor de lo que yo pudiera hacerlo. Primeros años sesenta, en Caracas. Una reunión de compositores. La delegación chilena –Gonzalo Becerra, León Schidlowski, y con ella casi todas las restantes latinoamericanas– presenta una resolución, postulada como “verdad combativa y combatiente”, que consideraba la Música (mayúsculas...) como un reflejo crítico de la sociedad en que se produce. Dicho más claramente: la Música tenía, o debía tener, una carga expresiva no específicamente musical. Desde el primer momento, Lutosławski se opuso. Educadamente, hasta cordialmente, pero se opuso. Tan firmemente, que la resolución no pudo aceptarse (no hubo ninguna que lo lograra).

¹ Kaczyński, Tadeusz, *Conversations with Witold Lutosławski*, London, Chester Music, 1995.

² “Pan Tadeusz” es “El señor Tadeo” en polaco. Pero “Pan Tadeusz” es también una de las obras cumbre de Adam Mickiewicz (1789-1855), el poeta nacional de Polonia. Ruego me perdonen esta pequeña pedantería.

Se habló, claro, de “turrís eburnea”, etc. Pero, personalmente, yo no lo vi ni lo veo así. Todos los compositores, Lutosławski incluido, aspiramos a ser *oídos*: no hay “turrís” que valga. Lo que él defendió es la fidelidad (a quien sepa apreciarla) al poder expresivo, comunicativo, del *arte musical*, o sea el sonido organizado, *sin aditamentos* (entre paréntesis: como así fue durante siglos). Este arte, tan curiosamente (a veces hasta severamente) juzgado por quienes necesitan de muletas (texto, imagen, supuesto contenido social,...) para *aceptar* su presencia...; o sea, incapaces de captar su intrínseco encanto, inherente a un orden sonoro (esto del “orden sonoro” da para mucho, ¿no es cierto? Ya hablaremos)...

Permítanme, otra vez, una reflexión al margen. Esta postura de Lutosławski respecto a su arte plantea un interesantísimo “enigma” (que no lo es): los textos que ha musicado. No es este el lugar para hablar del tema. Quédese para quien le apetezca hacerlo o, mejor, para la reflexión privada. Pero el interés salta a la vista: ¿cómo se las arregla para lograr ese diálogo quien separa tan drásticamente música y palabra?

En esta actitud de rechazo hacia una música “al servicio de...” (porque a fin de cuentas de eso se trataba) está Lutosławski de cuerpo entero: insobornablemente personal, tanto en técnica como en contenido. Y este fue el artista que tuve la fortuna de conocer y tratar. No hablábamos de música, y, menos, de “su” música. Ya lo dijo: “mejor será que lo hagan los musicólogos”...; pero estas palabras esconden otras: “lo mejor”, ¿lo único?, “que se puede hacer con la música es tocarla y oírla”.

Yo, como colega, le ofrezco la frecuentación a su obra, mi admiración, mi agradecimiento... y no desdeño el hojear alguna de sus partituras. Siempre se aprende algo de la experiencia ajena... y recomiendo a los aficionados simplemente atención y respeto. La riqueza, la belleza de su universo sonoro son contagiosas, pero se las dará él mismo, a través de la única arma comunicativa de toda música: la escucha. ■

Madrid, 30 de junio de 2014

LUIS DE PABLO
Compositor